Olga

Vicente Corachán

A ti. La mujer que me entrega cada uno
de sus días sin mostrar cansancio alguno.

Prólogo:

Me caen bien los tipos atrevidos. Conocí a Vicente Corachán gracias a que me pasaron su libro “Un cadáver para un detective”, allá por 2011, cuando tenía un programa en radio Cornellá en el que hacíamos comentarios de libros y entrevistas. Había llamado directamente para pedir que se hablara del suyo sin ningún tipo de vergüenza.

Al conocerlo me di cuenta de que era una persona sincera con la capacidad de desprender energía y buen rollo sin ser consciente de ello, o sí. No me sorprendió esa forma de ser al descubrir, tiempo después, que era nacido en Cornellà, en el barrio de Almeda, circunstancia que solo los originarios de allí sabemos que eso implica ser ciudadano de ningún sitio y de todos a la vez, y de que cuanto más impedimentos hay para hacer las cosas, más interés genera en nosotros llevarlas a cabo.

Me encontré con una narración altamente adictiva e interesante, básicamente por la naturalidad con que explica las situaciones en que vive un detective su día a día y por ser una historia de alto interés.

Vicente como hombre que se aburre si está parado, con Miguel Ángel decidió crear en su día el festival de novela negra Collbató Negre; con gran éxito de organización y participación, al que no faltamos sus amigos para dar nuestro granito de arena. Con él, y más gente, creamos el grupo Autors de Cornellà, escritores de nuestra ciudad con los que ya llevamos cuatro libros publicados y con el que en 2015 recibimos el Premi Ciutat de Cornellà. Ahí es donde empecé poco a poco a darme cuenta que este hombre desprende positividad y suerte por allá donde va. Si un momento de mi vida decido crear un festival de novela negra en mi nueva población de adopción, Cubelles ¿Cómo podía ser sin Vicente? Y, como no podía ser de otra manera, ahí estuvo dándolo todo en la locura de grandeza y éxito que se ha convertido Cubelles Noir.

Me dice que me lea una novela en la que a un detective le han hecho una jugarreta y se encuentra una mujer muerta en una habitación de hotel. Un individuo al que la vida le sonríe hasta el momento en que todo se le puede venir abajo de un momento a otro. Me encuentro con un personaje machista y poco serio del que enseguida me siento en total desconexión. Voy a llamarlo para decirle que lo dejo, pero por casualidades del destino me doy cuenta de que es lo que todos esperábamos de él, pero no, sigo leyendo y la novela es precisamente lo contrario.

Vicente Corachán es un tramposo, no está explicando lo que creemos estar leyendo, si no que hay que hacer una doble lectura para entender lo que te está contando de verdad en sus novelas.

Vicente es un hombre de honor que encierra en su carcasa un sentimental amigo de sus amigos, que cuando está solo delante de su ordenador escribiendo, no puede dejar de mostrar un corazón tan grande que no le cabe en el cuerpo.

Lean y reléanlo, no les defraudará.

Xavier Borrell.

1

Antes de contaros esta historia, me presentaré.

Soy detective privado. Para algunos: investigador privado. Eso depende de lo que a cada uno le mole más. A mí personalmente me da lo mismo; de una manera u otra tengo que hacer mi trabajo igual.

Me llamo Gumersindo Hierro y me encuentro con cincuenta años recién cumplidos, justo en la mitad de ese puente en el que quieres intentar recuperarlo todo y en el que te preparas para agotar la siguiente y última etapa de desenfreno que te gustaría llegar a vivir mientras el cuerpo aguante. Eso sí: siempre con el permiso de ellas, claro está.

En esta actividad profesional llevo más de cinco quinquenios de abnegado servicio a la ciudadanía. Eso son veinticinco años —lo aclaro para aquellos que no hayan hecho el servicio militar o que no hayan estado trabajando durante varios años seguidos en la misma empresa, lo cual, en los tiempos que corremos, es sumamente difícil, y en los que están por venir, me da la sensación de que imposible—.

Se acerca el final de mis tiempos como trabajador y por nada del mundo me hago a la idea de aguantar los más de diez años que me quedan pagando unos caros autónomos y sin esperanzas de recibir compensaciones de ningún tipo. Y menos sabiendo que me va a quedar una pensión de mierda.

Ahora mismo, mis deseos son que ese tiempo transcurra rápido y poderme dedicar a vivir la vida, aunque sea con esa porquería de paga de jubilado que calculo que me corresponderá después de haber pagado todos estos años y haber llenado las arcas del Estado para que otros —venidos de fuera— se la estén comiendo mientras sus mujeres están en sus países de origen viviendo como marquesas; disfrutando aquí, entre otras cosas, de operaciones quirúrgicas en unos hospitales en los que no hay camas para que te puedan atender y en los que mucha gente acaba muriéndose en los atascados pasillos y boxes de los servicios de urgencias. No soy racista ni xenófobo. Que quede claro. Ni les recrimino nada a los que por desgracia se tienen que ver en la tesitura de huir de su país porque las miserables guerras no les permiten vivir donde han nacido o por cualquier otra causa injusta. Ni mucho menos. No es eso. Lo que ocurre es que odio lo que está sucediendo y me rebelo contra los que nos gobiernan y la forma cómo lo hacen: malgastando todo lo que se recauda a base de unos, más que exagerados, impuestos. Por ese motivo es por lo que no estoy dispuesto a seguir dándoles esa oportunidad durante mucho más tiempo. En cuanto pueda me jubilo y a esperar vivir con esa triste pensión.

Al fin y al cabo, no necesito tanto.

Aun así, amo mi trabajo y es mucho lo que he disfrutado de él todos estos años. Pero, durante el ejercicio de mi profesión, también han sido muchos los momentos en los que he pasado por grandes apuros y dificultades; situaciones esas por las que no me gustaría que tuvieseis que pasar ninguno de vosotros.

En más de una ocasión he tenido que valerme de mi arma reglamentaria para salir indemne e ileso de algún que otro imprevisto y contratiempo. Quizás eso sea lo que me hace pensar así.

Por si no os lo creéis, os cuento lo que me pasó.

Todo empezó un día cualquiera en que para nada sospechaba lo que mi suerte me deparaba.

2

Me desperté temprano.

Tenía la boca tan pastosa que la sensación era como la de haber estado chupando una babosa. Aunque jamás había comprobado tal asquerosidad.

La noche anterior fue una de esas que no quisiera volver a repetir. Me pasé tres pueblos.

Mi médico me lo repite hasta la saciedad: «No debes cenar tan copiosamente. Las digestiones no son buenas mientras se duerme. Si acaso, cena pronto».

¡Es un cansino!

No es que no le haga caso, o que pase de él; sé que tiene razón. Lo que ocurre es que mi trabajo no me permite establecer horarios fijos en las comidas y, para más inri, mi soltería va unida a mis terribles ganas de jarana. Me gusta demasiado correrme una juerga. Y sobre todo, las mujeres. Ambas son una debilidad que me pierde.

Esa noche me olvidé tanto de mirar el reloj como de contar los *gin-tonics*.

Ella tuvo gran parte de culpa. Olga fue la responsable de que, en el tercero, perdiese la cuenta y las fuerzas para volver a mi apartamento. Cuando esa diosa quiere, es capaz de hacerme perder hasta el conocimiento.

Nada más levantarme, y después de lavarme la cara con el agua lo más fría que salía del grifo, me calcé las zapatillas de deporte; mis únicas zapatillas —unas Nike que empiezan a estar demasiado gastadas—. Luego me enfundé la ropa que la tarde anterior había dejado preparada sobre la silla de mi habitación con la idea de salir a correr esa mañana. En el apartado de la vestimenta deportiva soy menos mirado en marcas: un pantalón corto que uso también de vez en cuando para jugar al pádel y una camiseta que me regalaron en una de esas carreras populares a las que en ocasiones me suelo inscribir y en las que jamás he llegado entre los cincuenta primeros. Creo que conseguiré estar en el top 50 el día que me inscriba en una donde no lo hagan más de cuarenta y nueve participantes.

Suelo salir a correr a menudo. O sea, que se puede decir que practico el *running*, que es como ahora lo llaman algunos intentando parecer más modernos y esnobs. Supuse que esa sería una buena forma de empezar el día además de relajarme y darle a mi corazón la oportunidad de aguantar unos años más con buena salud.

Me encuentro habiendo pasado el ecuador de la vida y estoy en esa etapa que yo mismo, con sorna, llamo «la década prodigiosa». Creo que cuando se han rebasado los cincuenta tacos, te das cuenta de que ya has consumido medio siglo de tu existencia y que has agotado mucho más de la mitad de lo que se supone que te van a permitir estar en este loco mundo —por llamarlo

de alguna manera suave y simpática—. Entonces es cuando lamentas no haber hecho según qué y sí otras muchas que no debías.

Sospecho que a mi edad hay cosas para las que… digamos que ya no estás apto del todo. Sin embargo, crees que todavía tienes mucho por hacer y que te has de dar prisa si quieres lograrlo porque te queda poco tiempo para llevarlas a cabo; al menos sin el bastón o ese ridículo y vergonzoso tacataca.

Una hora fue la que dediqué a ello. Llegué hasta El Prat de Llobregat. Elegí hacerlo por el paseo del río. Normalmente, por las mañanas acostumbro a hacerlo por la zona de Marianao, es un buen lugar y muy tranquilo. Se trata de una zona urbanizada con casas a las que por aquí llamamos torres y en otros lares denominan chalés —cosas de la riqueza lingüística y variada de nuestras autonomías—. Por esa parte de Sant Boi, las calles están repletas de pinos y eucaliptos, y agradeces el aire que se respira por ellas mientras paseas o haces ejercicio. Por sus empinadas avenidas se accede a la parte más boscosa del pueblo y desde ahí subo hasta la ermita de San Ramón —es una ruta agradable y vistosa, pero relativamente dura para mis piernas—.

Por causas obvias, esa mañana no me había levantado como para hacer un esfuerzo de tal envergadura, así que elegí una pista más llana. La del río.

Mientras corría, a un ritmo bastante bueno, analicé visualmente la gestión que el ayuntamiento había hecho en cuanto al acondicionamiento de la zona. Durante los últimos años, la ribera del Llobregat no había sido más que la simple orilla de un sucio río en el que, muchos años atrás —de crío—, me había llegado a bañar en lo que ahora son aguas pestilentes. Para entonces su cauce no tenía ni el color marrón ni el olor a cloaca con el que a su paso, en la actualidad, envenena el aire. Sin embargo, después de décadas de insistentes ruegos y un gran volumen de solicitudes para que lo acondicionaran y convirtieran en paseo público, los mandatarios del consistorio tuvieron la delicadeza de crear una escalera y un puente de hormigón —con ridículos adornos y escasa ornamentación— por donde acceder a esa pista fluvial. Un camino poco vistoso al que le siguen unos cuantos kilómetros de senda terrosa y arenosa por la que los ciudadanos, lejos de usarlo como una zona de lúdicos y relajados paseos, solo podemos caminar, correr o simplemente llevar a los hijos a que puedan montar en sus bicicletas fuera del casco urbano y alejados de los evidentes peligros que tiene el hacerlo por la localidad. Un pequeño desembolso llevado a cabo en un momento cercano a unas elecciones municipales; efecto con el que lograron hacer felices a muchos usuarios de donde vivo y tapar algunas bocas opositoras, como si con ello hubieran hecho la gran obra municipal.

Aquel año volvió a salir elegido el mismo partido. Quizá esa mísera inversión tuvo algo que ver en los votantes. «No hay mal que por bien no venga», pensé. Pero desde entonces no se

ha hecho ninguna otra mejora en ese lugar. Ni siquiera una replantación forestal. Supongo que habrá que esperar a que se acerquen otras nuevas elecciones.

Siempre me sorprende encontrarme a tanta gente corriendo por ese lugar a esas horas. Me llama la atención comprobar la cantidad de personas que hace ejercicio. Imagino que eso, junto a la buena alimentación que conlleva nuestra cocina mediterránea, aragonesa, valenciana, madrileña y el resto de comunidades, debe ser uno de los principales motivos por los que cada día el español es más longevo. Yo quería figurar en esa lista, así que, cuando acabé el recorrido, contribuí a ello con quince minutos más de severos abdominales, unas cuantas flexiones y una serie de estiramientos; algo fundamental para evitar lesiones. Un autónomo no puede permitirse ese lujo.

Llegué a mi apartamento exhausto. Miré el móvil nada más entrar. Nunca me lo llevo cuando salgo a correr. Comprobé mi WhatsApp y descubrí que tenía uno de Olga con un escueto «*Buenos días, amor*» y un corazón que latía con intención de quererse salir de la pantalla.

La ducha fue de lo más estimulante, y el desayuno, un gran reconstituyente. Recogí la cocina y le hice un nudo a la bolsa de basura que contenía diferentes restos orgánicos. El resto de desperdicios los había introducido en varias bolsas de plástico; de esas con el logo del supermercado en el que acostumbro hacer la compra. Me gusta reciclar, creo que es importante ser consciente de que estamos acabando a marchas forzadas con nuestro planeta, así que colaboro en lo que puedo y voy almacenando todo ese material, que, más tarde, deposito en los diferentes y coloridos contenedores que tengo en la esquina de la calle donde vivo. Había hecho acopio de un buen número de plásticos y envases de cristal que fui acumulando durante toda la semana; sobre todo botellas y latas. Vivir solo tiene ese inconveniente, aunque otras muchas ventajas.

Poco después, y una vez acicalado, me tocaba la parte dura del día: salir a trabajar. Y así lo hice.

El ascensor estaba siendo utilizado por alguno de mis escasos y ancianos vecinos. Decidí no esperar y bajar a pie por las desgastadas escaleras de madera del edificio donde vivo de alquiler. Un reducido habitáculo que no sé si alcanzará los cuarenta y cinco metros cuadrados, a pesar de que mi casero, que vive justo debajo de mí, me jura y perjura que pasa de los cincuenta. Tiene un recibidor del que te sales si andas más de tres pasos en línea recta y en el que desembocas a un, llamémoslo, por decir algo, comedor que, a modo de mazmorra, tiene tres puertas por las que se accede a la cocina, a la única habitación y a lo que se podría llamar aseo, aunque he de reconocer que es muy soleado.

Mientras bajaba, noté en el bolsillo de mi pantalón una vibración. Comprobé que era un mensaje. Lo abrí y leí: *«Ayer quedé extasiada. Vuelve esta noche»*.

No contesté.

La anterior había sido una semana muy dura con un final agotador. Quise creer que esa que empezaba ese mismo lunes, por clemencia, me merecía que fuese algo más relajada. Pero, al llegar al vestíbulo y encontrarme en el buzón aquella carta del juzgado, se fastidió la que imaginé que iba a ser una brillante mañana.

Dicen que cuando el día te parece que va a ser bueno, siempre ocurrirá algo o vendrá alguien que te lo joderá. Pues así fue.

Me cabreó de tal modo descubrir aquella comunicación que me llegó a pasar por la cabeza ir y acabar con aquel tipo de una vez por todas.

En su momento no lo hice y ahora me arrepentía de ello.